

Los militares ante el poder político y el poder político ante los militares.

GENERAL ALVARO VALENCIA TOVAR*

Deseo dirigir esta charla hacia tres aspectos fundamentales: el primero se referirá a un análisis histórico-sociológico del porqué de la presencia de los militares en América Latina, buscando indagar en las causas remotas y actuales de esa presencia y de las intrusiones cíclicas o permanentes del estamento militar dentro del poder político.

El segundo aspecto tratará sobre el caso colombiano, en particular con respecto a la etiología misma del problema y, finalmente, me referiré, tomándome un poco de libertad en este campo, a algo que podríamos llamar la antítesis del tema que me fue propuesto, o sea no ya los militares ante el poder político, sino el poder político ante los militares. Porque yo creo que sí es importante vislumbrar qué pensamos los militares ante el poder político, no lo es menos tratar de penetrar cuál es la actitud del sector político ante las Fuerzas Armadas de la nación, cómo las miran, cómo ven a sus servidores, cómo utilizan el poder militar, cuál es, digámoslo así la filosofía del estamento político frente al militar.

Es indudable que ello ha tenido una seria repercusión dentro de las instituciones mismas y más sería todavía en el decurso de la vida política de la nación, dado que el poder militar está subordinado al político por razón constitucional y porque dentro de la estructura democrática el papel de los ejércitos es actuar en función del régimen político para robustecerlo y permitirle el cumplimiento de sus tareas.

* Conferencia dictada en la Universidad Central. Curso Pensamiento Político Latinoamericano en el Siglo XX.

Comenzando, pues, por el primer aspecto, *indagación de causas de la presencia de los militares en el poder*, tenemos que remontarnos un poco atrás en la historia. No se comprendería el fenómeno contemporáneo si no se analiza lo que hemos sido a través del tiempo, desde el acto mismo de la conquista, porque ello nos presenta cierta continuidad histórica, que se remonta a los orígenes de la presencia española en América, e incide definitivamente en el comportamiento moderno de los ejércitos y de sus líderes en la marcha política de estas naciones.

El origen mismo y su evolución, hay que interpretarlos como una continuidad histórica de lo que fue el acto de la conquista. Es un origen esencialmente caudillista que toma como elemento consustancial la idiosincrasia hispánica. El español es caudillista por naturaleza. En pleno siglo XX al generalísimo Franco que llegó al poder y, durante 40 años, manejó a España, el título que más le gustaba era el de caudillo. Más aún que el de generalísimo, y que cualquier otro que hubieran podido ofrecerle. En nuestros jefes políticos el título de caudillo se busca ansiosamente. Constituye algo así como la consagración de un destino y produce un hecho institucional de repercusiones muy considerables en el desarrollo político de este siglo.

De la Conquista se salta a la Independencia, conseguida a través de una guerra dura y cruel. En la franja tropical de América ésta revistió caracteres sanguinarios que se acentuaron con la reconquista española de 1815 a 16, que implantó el llamado régimen del terror que sacrificó en el cadalso a quienes habían sobrevivido las primeras etapas de la lucha. Toda una generación dirigente desapareció consumida por la contienda, de tal suerte que al conseguir la autonomía política estos países se encontraron con una realidad de perfiles absolutos: los vencedores en los campos de batalla eran virtualmente los únicos dueños del poder, lo que imprimió un sello imborrable para el futuro de los países hispanoamericanos.

A diferencia de las colonias inglesas, herederas de una tradición democrática que arranca de la Carta Magna impuesta a Juan sin Tierra en el Siglo XIII, las antiguas posesiones españolas saltaron de la concepción absolutista y tiránica de los Borbones al Estado Democrático, que los militares triunfantes no estaban en capacidad de administrar ni los pueblos de entender. Se caía así en el desorden cuando se pretendía encajar en la teoría republicana anglosajona, y

en el autoritarismo castrense como reacción al caos y a la anarquía del gobierno civil.

El caudillismo no es tan sólo una expresión militar de la presencia de los generales en diferentes gobiernos de América. También lo ejercen civiles apoyados en las bayonetas. El absolutismo monárquico heredado de España cobra fuerzas subconscientes en la conducta política de los dirigentes y en la sumisión de los pueblos. En esta forma no se da lugar al surgimiento de partidos políticos capaces de dar a los noveles gobiernos una filosofía, un contexto ideológico o una estructura capaz de sustentar el poder. Las corrientes contrapuestas se conforman detrás de los *hombres fuertes*, caudillos a la española, con talante americano producido por el mestizaje y acentuado por los ambientes telúricos.

En Colombia el caso es diferente. Una figura política de recios contornos humanos reúne en sí misma el concepto autoritario del ejercicio del poder propio del soldado y la rigidez jurídica característica del hombre de leyes. Es el General Francisco de Paula Santander, cuya presencia como vicepresidente en los albores de la República traza un derrotero que se transforma en constante histórica de la vida colombiana. Sus mismas desavenencias con el Libertador sirven para delinear un sentido civilista de la autoridad, que los jóvenes políticos de entonces abrazan ardorosamente. Dos partidos fuertes se disputan el poder, haciendo innecesaria la presencia de los generales que, si llegan a la presidencia, lo hacen a título civil.

La reforma militar del general Reyes fue la profesionalización del ejército. No solamente le dio un carácter suprapartidista que se ha conservado a través del tiempo, sino que lo marginó de la contienda política y esto fue lo más importante. En las guerras civiles del siglo pasado el ejército se comprometió políticamente. Había generales conservadores y generales liberales que llevaban sus huestes al campo de batalla y naturalmente las tropas no estaban fundidas ni sociológica ni políticamente con su conductor. Era una lucha pasional donde el color de la bandera y el nombre del partido reemplazaban la total ausencia de ideologías. Liberales y conservadores del siglo pasado cayeron sin saber por qué morían y los de este siglo sin entender el absurdo de su lucha brutal.

El contrasentido de nuestras guerras intestinas radica, precisamente, en que el hombre que puso la sangre, hizo el sacrificio, y resul-

tó víctima permanente de todas las conmociones políticas, no entendió jamás por qué **estaba** luchando. En el siglo pasado había una tremenda combustión pasional que hacía que las huestes se unieran a sus caudillos y los siguieran hasta el triunfo. Después del triunfo todo aquello desaparecía y el general, siguiendo el ejemplo de Santander, colocaba la Constitución sobre la espada y gobernaba a título del partido por el cual había combatido.

Con el general Reyes desaparece la era de las guerras civiles y del ejército comprometido en las luchas intestinas, y comienza la era del ejército profesional que se hace todavía más apolítico con el advenimiento del liberalismo en el año 30, y la promulgación de la ley que quitó al militar el derecho al sufragio, porque es bien conocido que hasta esa época los batallones votaban en cola, detrás de su comandante, y es fácil imaginar por quién votarían, en la misma forma que los conventos votaban detrás del padre prior o de la madre abadesa y tampoco hay que preguntar mucho por quién lo hacían.

Naturalmente, al marginarse de la lucha electoral, el ejército pudo entrar en una etapa de profesionalización más sólida pero, infortunadamente, no se marginó por completo de las luchas políticas, por una razón muy clara: se había inculcado en la mentalidad del militar colombiano su obediencia al poder político y a la Constitución que ese poder sustentaba de manera que si se trascendía de la retórica de los parlamentos a la dialéctica de las balas y los machetes, a medida que se descendía de nivel, el hombre de armas se veía comprometido a defender un gobierno de partido.

Era imposible segregar el estamento militar de la lucha entablada en semejantes condiciones. Fue lo que ocurrió, para no ir más lejos, en el período funesto de *La Violencia*. Cuando la guerra civil se encendió entre los partidos, el ejército respaldó al gobierno legítimamente constituido, pero este mismo respaldo, ejercido por convicción constitucional y apoliticidad, era entendido por la fracción que estaba fuera del poder como una alianza contra él y gradualmente el ejército fue involucrado en la lucha a nombre de un partido.

Esta ha sido, en cierta forma, la tragedia del ejército en cumplimiento de su función constitucional. Es algo que yo llamaría el emparedado político en el que el Ejército hace las veces del contenido, quedando en el compromiso de defender un orden consti-

tucional a nombre del sector político que lo detenta. Por esto es que yo he querido derivar en la parte final de mi exposición, hacia un análisis del poder militar ante el político.

El estamento militar no existe para servir ni de árbitro ni de juez a las decisiones políticas. Existe para vigorizar el Estado y para darle realidad a la autoridad que él representa. Hasta dónde ese concepto de la función constitucional ha producido choques definitivos, que muchas veces comprometen la fuerza pública en forma contraria a su sentir, es la otra parte del problema. Lo cierto es que esa subordinación militar al estamento político ha sido la constante histórica de la vida colombiana y la única razón para que exista la estabilidad que a lo largo del tiempo ha registrado este país en torno a unos preceptos democráticos.

Otra cosa es que la democracia colombiana cumpla la esencia de su filosofía. No es lo que en este momento estamos dilucidando. Lo que tratamos de analizar es el por qué de la conducta militar ante el poder. Recuerdo mucho que cuando se presentó el caso de la Revolución Peruana, se nos decía a los militares en servicio activo en esa época: ¿ustedes por qué no hacen lo mismo que el Ejército del Perú?; ¿por qué no se apropian de la bandera de un pueblo que ansía ciertos cambios fundamentales en su vida y se hacen los personeros de las inquietudes nacionales para llevarlas al poder?. Creo que la historia nos ha dado la razón: porque ese no es el papel de los ejércitos, que no se hicieron para gobernar a los pueblos.

Los militares tienen un concepto de la autoridad que vimos admirablemente descrito el viernes por el general Matallana, cuando analizaba el por qué de la idiosincrasia y del sentido de la autoridad y de las responsabilidades y conductas— del estamento militar frente al estamento político. Hablaba él, por ejemplo, del dogmatismo militar. Este dogmatismo erigido en poder anula la oposición, recurre al cesarismo y tarde o temprano— se convierte en tiránico y autoritario.

Es inevitable y, por consiguiente, contrario a un pueblo que ha demostrado como única constante de su vida el amor a la libertad. En todo lo demás hemos podido ser cambiantes y traicionar muchos pensamientos que podrían considerarse constitutivos del sentimiento nacional, pero el amor a la libertad del colombiano es tan fuerte que a veces se confunde con libertinaje. En las calles de Bogotá experimentamos todos los días esa sobreestimación de la li-

bertad y del derecho individual, atropellando la ley, el orden, la autoridad, el agente de policía, el semáforo, el respeto al derecho ajeno y todo lo que constituye la organización de una democracia.

Como punto importante de esta antesala a la discusión del poder político frente al poder militar, yo les propondría considerar lo siguiente: ¿qué es la democracia? Es solamente un concepto formal, donde se estructuran tres poderes con sus ámbitos funcionales diferenciados, o la democracia es una filosofía, la voluntad del hombre de encajar dentro de un sistema político donde hay un equilibrio bien logrado entre la ley, el derecho, la libertad y el bien común. Donde la democracia sea simplemente un concepto formal que necesite de la fuerza de las bayonetas para sustentarse, su concepción política está defraudada en su base por la realidad del hecho humano. Lo que ocurre en nuestras democracias, infortunadamente, es que no existe la educación política de los pueblos para vivir en sus preceptos lo cual origina en la época actual o gobiernos civiles institucionalizados por sus partidos, pero apoyados para subsistir en la fuerza pública, o la fuerza pública convertida en poder por ausencia de partidos políticos.

En Venezuela, después de 130 años de caudillismo continuado, tan pronto como se conformaron partidos políticos capaces de darle vida institucional a la democracia formal, las fuerzas armadas se marginaron de la lucha y se convirtieron en apoyo de ese régimen político, a la manera de lo que hemos hecho en Colombia a través de toda la historia. ¿Qué pasó en México con los procesos revolucionarios? Los mexicanos descubrieron la fórmula precisa para su propia idiosincrasia. Como todo mexicano nacía revolucionario y hacía revoluciones por oficio, decidieron institucionalizar la revolución y dejaron contento a todo el mundo creando el Partido Revolucionario Institucional, cuyos dos términos son absolutamente incompatibles.

Las revoluciones no se institucionalizan. Ocurre lo que le pasó a un general mexicano en una de las guerras civiles que después de conquistar su provincia siguió imponiendo tributos, fusilando gente, aplicando la ley como a él le parecía, hasta que el gobierno central lo llamó al orden indicándole que la guerra había terminado y correspondía ahora organizar la provincia, establecer el régimen fiscal, hacer cumplir la ley y el respeto al gobierno. El general enfurecido mandó su renuncia en éstos términos: "Renuncio porque es-

ta pincha revolución degeneró en gobierno". Son condiciones que responden a la idiosincrasia de cada pueblo. En el nuestro, por razón del devenir histórico y por algo que quiero definir como una filosofía castrense, las Fuerzas Armadas se han mantenido marginadas del poder político. El gobierno del general Rojas no fue ni militar ni de fuerzas armadas. Fue un gobierno conservador, hecho con el Partido Conservador y en el cual prosiguió la lucha política que ya se había iniciado en etapas anteriores. La "generación del sandwich" somos los que estábamos entre un bando comprometido con esa situación y una nueva florecencia de subalternos que salían de una escuela hecha para la época de la violencia; no podíamos estar de acuerdo con lo que ocurría en esos momentos. Pero la no deliberación de las Fuerzas Armadas, la imposibilidad de manifestar criterios, hacía imposible cualquier disidencia y, entre otras cosas, es preferible una fuerza armada aglutinada y no dispersa y descoyuntada internamente, porque de allí a la guerra civil no hay sino un paso.

¿Qué piensa el poder político de su ejército? Yo creo que esta es una reflexión que raras veces se lleva a un claustro universitario. A los militares nos preguntan permanentemente qué pensamos del poder político. Quiénes están en servicio activo no pueden expresar su pensamiento. Quiénes estamos en el retiro, así seamos el producto de una formación castrense recuperamos íntegramente la libre condición de ciudadanos en absoluta carencia de compromiso distinto al de nuestra propia conciencia. Por ello podemos decir qué pensamos de la clase política colombiana. En alguna ocasión lo manifesté en un programa televisado que se llamaba "El Juicio" en donde frente a cinco avezados políticos que insistían en descalificar la Fuerza Pública como entidad participante en la conducción de un país, yo manifestaba cómo la clase política es culpable de graves errores en la vida colombiana y cómo las Fuerzas Armadas, utilizadas dentro de concepciones equivocadas, han formado parte del error.

Poco antes de entrar a esta conferencia me preguntaba el Secretario General de la Universidad, si a quienes hemos ejercido el mando a través de toda una vida no nos hacía falta la autoridad. Le contesté que a mí nunca me ha hecho falta porque viví preparándome para el retiro. Ya de Teniente Coronel me estaban retirando. Desde esa época mi nombre figuró en debates en el Congreso de la República, porque me atreví a pensar en voz alta y expresarlo así a mis superiores y jerárquicos, sobre lo que yo creía que

debía hacerse para sacar al país de la violencia. Como la fuerza pública no es deliberante esto era un delito. Yo no sé hasta dónde fuera delito pensar en esas cosas, o fuera más delito callar. Para mí era necesario expresar mi pensamiento con honradez y así lo hice, lo cual me llevó a una serie de debates en el Congreso, todos ellos de características destructoras. Hubo en mi caso una situación peculiar que deseo expresar, no para personalizar el tema que nos ocupa, sino porque puede servir de ejemplo: viví entre los grados de Teniente Coronel y General defendiéndome del partido conservador que quería destruirme, y de General me eliminó un presidente liberal, lo cual en cierta forma es el mejor título de imparcialidad política que puedo exhibir ante ustedes.

La actitud del estamento político hacia el militar podría definirse en las siguientes formas:

La primera es de desconfianza. Al militar el político lo mira como un adversario en potencia, y ve en él la posibilidad de que en algún momento se deje contagiar de las olas militaristas que invadan la América Latina. Por consiguiente, a cualquier militar que hable o piense se le sindicaba de peligroso. Si el militar escribe, sus escritos son analizados, como la dicección que hace el anatomista, para encontrar qué puede haber en él de peligroso. Se mira detrás de las palabras para ver cuál puede ser el pensamiento que las orienta y como el político está acostumbrado a pensar no en función de lo que habla sino de lo que calla, cuando se enfrenta al militar que escribe, desemboca en un conflicto definitivo: ¿qué será lo que está pensando este coronel, qué será lo que está pensando este general: y esto, en épocas de turbulencias políticas, se hace particularmente sensible porque el militar que piensa con criterio nacional, forzosamente entra en situaciones comprometidas.

Cuando se desarrolló en el ejército la filosofía de la acción cívico-militar que era la solución de la guerra por caminos distintos al fusil, se pensó que andábamos detrás del poder político. El acercarnos al pueblo colombiano era buscar una especie de alianza que reconstruyera aquel famoso binomio del que habló el general Rojas "Pueblo-Fuerzas Armadas", binomio que nunca existió y que si existiera en los términos en que los militares colombianos actuamos, no sería en ningún caso con finalidades políticas, sino para devolver la paz quebrantada al país. Porque no se pueden solucionar los problemas políticos, sociales y económicos de una nación

con el empleo de la fuerza. La fuerza sirve para respaldar la acción política, social y económica, pero no para reemplazarla. Es un afianzamiento para que la autoridad pueda desarrollar sus tareas, pero el militar que busca este afianzamiento no está pensando en reemplazarla, porque quiero repetir una vez más: para nosotros, los militares colombianos, existe una filosofía sumamente clara: *el poder militar no se hizo para gobernar; para eso existe el poder político.*

Una segunda actitud del político hacia el militar, es de recelo y desconfianza permanente. Si el militar se proyecta demasiado sobre la vida del país, es su temor, puede llegar a reemplazarlo en la conducción política. Existe un distanciamiento profundo que le impide al político colombiano penetrar y comprender la naturaleza misma de la filosofía castrense, y por eso es tan difícil que el Ejército realice una labor de acercamiento con su propio pueblo. Cuando trata de hacerlo es mal interpretado por el estamento político como muchos militares que fuimos tildados de peligrosos, por construir carreteras, reemplazar maestros donde no los hay, llenar en cierta forma la ausencia del Estado en las zonas marginales de nuestras selvas, de nuestras altas montañas, de las zonas de colonización, donde un puñado de colombianos viven tirados a la desgracia. Eso suscita la sospecha de quienes no son capaces de hacerse presentes allí para cumplir la función del Estado.

En el Vichada, en la soledad de selva y llanura de esa región desarticulada de la vida colombiana, encontré como comandante militar unas cartas dirigidas por los colonos al ejército, que eran un reto, un desafío. Era la guerra que se declaraba por parte de todos los pobladores de una región de la patria contra el ejército represivo que llegaba. Me llamó mucho la atención la última frase de esa carta "hemos venido hasta el infierno, hasta el infierno nos tienen que buscar para matarnos". Una frase trágica para un colombiano que tiene la fuerza en sus manos. Respondí con otra carta que clavé en las puertas de las casas abandonadas por donde pasé, en las cortezas de los árboles, las eché en botellas río abajo, haciéndola conocer por cuantos medios podía, para buscar contacto con un pueblo que se había consumido en la selva prefiriendo la destrucción de la naturaleza a la que podríamos causarle otros colombianos.

Con sorpresa muy grande me enteré de que la carta era materia de

un debate en el Senado de la República, porque el comandante militar en el Vichada estaba inclinando las insignias de la patria ante la suversión. Es que las cosas se ven distintas desde la retórica de los estrados del Congreso a como las ve un militar que se enfrenta a sus compatriotas en el campo de lucha. Allí es donde se entiende lo que es la indefensión del campesino, el aislamiento, la soledad, el abandono, la tragedia de la mujer que tiene un hijo, sin un médico que la asista, sin una droga, sin auxilio alguno. Allí se pretende que el ejército llegue a ejercer una simple función represiva, porque no se quiere entender que los males de este país emanan de algo que no puede ser solucionado con la fuerza de las bayonetas, sino con una conciencia colombiana diferente; con un cambio de pensamiento frente a las realidades colombianas. Sin ello el problema cíclico proseguirá. Quince años después de haber ocupado el Pato, tenemos que ocuparlo por segunda vez repitiendo exactamente el mismo fenómeno. Si hubiéramos tomado una película de lo que se hizo hace 15 años en esa región, la podríamos repasar hoy en la certeza de que estamos repitiendo exactamente la misma historia, cubriéndonos de la misma ceguera, demostrando la misma miopía ante los problemas.

Una tercera actitud es la de menosprecio. El estamento político menosprecia al estamento militar. El por qué de este menosprecio, tendría muchas explicaciones. Quizá los militares tengamos parte de la culpa, porque no siempre hemos sido capaces de decir nuestra verdad frente a los procesos de autoridad equivocados. Nos hemos sometido con frecuencia a unos conceptos de autoridad que, aunque los juzguemos impropios nos ha faltado quizá el valor moral de expresarlo así, porque cuando uno tiene ese valor termina, como dicen los políticos, con el everfit puesto. A eso hemos llegado varios generales a quienes se han juzgado peligrosos en su momento porque, simplemente, hemos expuesto categóricamente y altivamente la verdad en el momento necesario, no para que se acepte ni se introduzca esta verdad como acto de gobierno, sino como colaboración indispensable al poder político que está a cargo de conducir la nación. La fuerza armada no es deliberante pero tiene que ser participante. Tiene que ayudarlo a reflexionar al poder político con absoluta independencia de criterio y si después la decisión política se toma en forma adversa a como se ha propuesto, es una decisión legítima y debe respaldarse o el orden constitucional se trastorna.

Hay, dentro de esa desconfianza del político hacia el militar, una

transmutación curiosa cuando el político, convertido en gobernante, tiene que apoyarse en el poder militar para el sostenimiento del orden público. Los gobernadores que deben reposar en un comandante de brigada o de batallón para que mantenga en orden su jurisdicción, cambian por completo de criterio sobre el estamento militar y se dan cuenta de que los militares colombianos son los mejores aliados del gobernante, porque son los únicos que le son leales.

Cuando se oye hablar de lealtad política, no puede evitarse una sonrisa interior. Son dos términos incompatibles antagónicos. Lo vemos todos los días en alianzas políticas que se convierten en enemistades, odios políticos que se convierten en abrazos. El abrazo político es permanente, pero envuelve el símbolo de quien estudia por donde debe clavar la puñalada en el acto siguiente de la lucha.

De la diferenciación de terminología de léxico y de conceptos entre el militar y el político, quizá este de la lealtad sea el más fuerte. La lealtad militar es única. No admite dobleces, ni segundos pensamientos. No admite que se diga una cosa pensando en hacer otra y esto lo verifica el político cuando encuentra en el militar a su mejor colaborador. No olvido la salida de un gobernador en alguna de las ciudades cuya guarnición comandé. El día del nombramiento como gobernador, la clase política acudió en masa. El palacio de gobierno, la casa del gobernador atestados de gente que lo vitoreaba, lo aplaudía, lo felicitaba, le daba el consabido abrazo, elogiaba sus méritos. El día de su salida del mismo palacio, los únicos que lo acompañamos a su casa fuimos el comandante de policía y el comandante del ejército. Este es el sentido nuestro de la lealtad frente al cual sí existe una incompatibilidad definitiva.

Finalmente, el gran problema de nuestro momento: ¿cuál es la actitud del estamento castrense frente a la subversión armada?. ¿Por qué al militar se le tilda de fascista por oponerse a la concepción marxista de la revolución? Para mí, personalmente, la ideología marxista es tan respetable como cualquier otra. Si hemos de vivir dentro de esquemas democráticos, la controversia de las ideas tiene que resolverse en ese mismo campo. Lo malo es que el marxismo prescinde de la lucha ideológica y recurre a instrumentos de violencia para llegar al poder. Es parte de su filosofía política y por ello choca con un instrumento armado, hecho para evitar los trastornos que la violencia puede ocasionar a la organización polí-

tica de los Estados. No es contra la ideología marxista que se lucha, sino contra la utilización de la violencia que esa ideología pone en práctica para llegar al poder.

Por otra parte la connotación de las luchas ideológicas de nuestro tiempo es internacional. El marxismo no reconoce fronteras, porque ha pasado a ser instrumento de dominación universal. El imperialismo ruso es el mismo en la época de los zares que en la de Breznev, como el imperialismo norteamericano es hoy el mismo que en la época del gran garrote, con la diferencia de que prescindió de la invasión de los Marines y del hecho militar, pero continúa tratando de mantener países dentro de su esfera de influencias por la polarización del poder mundial. Pero la connotación internacional de marxismo hace que los ejércitos nacionales no vean con buenos ojos la posibilidad de pasar a ser satélites, políticos, militares y económicos de una gran potencia. Ese es un papel con el cual ni los militares de avanzada, ni los retrógrados, ni los de derecha, ni los de izquierda, suponiendo que existieran tales clasificaciones, pueden estar de acuerdo, porque al hombre de armas se le enseña desde sus primeros pasos por la milicia una noción de patria que lo acompaña a lo largo de todo su servicio militar. Es un sentimiento profundo que gobierna nuestras actuaciones. Lo grave es que no baste demostrar lealtad total al estamento civil en el gobierno para que se acepte como hecho. Así se ha demostrado. No basta ir a la guerra ni haber defendido en los campos el orden institucional. No basta sufrir atentado en las calles a manos de quienes consideraron en un momento dado como enemigo a ese militar, para demostrarle al poder político que se es leal a la constitución, a la ley y al sistema jurídico existente.

Basta, en cambio, que el militar sea visto con recelo, para que sobre él caiga la acción inclemente del político porque para él esa noción de patria tiene carácter diferente. Es la patria de los intereses y de las conveniencias. Es la patria donde en la lucha política prevalecen motivaciones electorales sobre el interés nacional y esta es la más deteriorante de las fallas de la democracia colombiana. El electorerismo ha suplantado a la ideología y a las luchas políticas entendidas como tales. A la concepción de la autoridad como elemento de gobierno y no como fin del ejercicio político, porque cuando la autoridad deja de ser instrumento para realizar el bien común y se convierte en poder como finalidad suprema de la política ha cambiado por completo la filosofía misma sobre la cual se estructura la vida de la nación.

Ante esa dicotomía del país, ustedes dirán: si el estamento castrense es consciente de la forma como el político lo mira, de la desconfianza que le tiene, de la animadversión que profesa a cualquier militar que se distinga y sobresalga, por considerarlo como antagonista en potencia, ¿por qué el estamento militar se somete a esta situación? Regreso a lo que fue punto de partida de esta presentación: porque existe una filosofía militar acentuada y nítidamente impresa en la conciencia de nuestros militares. No nos hicieron para gobernar. Nuestro papel no es suplantar el Estado constitucional ni convertirnos en jueces o en árbitros de las situaciones políticas. Los ejércitos existen como factor de autoridad y tienen un papel que jugar dentro de la armazón del Estado. Si ese Estado representado en sus conductores políticos cumple mal su tarea, el ejército no puede convertirse en su juez, porque lo más probable y lo más peligroso es que caiga también entre una atmósfera de equivocaciones. Que liquide la última reserva del país y desacredite el papel de la fuerza pública, destinada a cumplir el papel que le corresponde dentro del esquema democrático a que nos hemos referido. ¿Que nuestra democracia es prefectible? Claro que lo es. Que sea defectuosa, lo es en gran medida. Que haya una gran cantidad de vicios políticos que están disminuyendo la estatura de nuestra democracia, también es cierto. Pero es cierto también que no es el ejército el llamado a convertirse en el transformador de esa democracia, para cambiar los vicios en virtudes y hacer que las cosas que andan mal comiencen a marchar bien. No basta nuestra sola intención de patriotas nacionalistas para regenerar un sistema enfermo. Estamos convencidos de que el país sí necesita modificaciones sustanciales, pero no somos los encargados de producirlas.

PREGUNTAS:

General Valencia, el general Matallana en su conferencia del viernes nos informaba que los trabajos intelectuales del ejército van a morir a los archivos. Sobre esto le quiero preguntar si ¿el Ejército es represivo frente al mismo Ejército?

Y la segunda pregunta es: ¿El Ejército pensante tiene que ser un grupo reducido frente o ante un gobierno transnacional y comprometido?

- En la primera de las dos partes de su pregunta, o la primera de las dos preguntas, no acierto a entender que el ejército sea

represivo sobre el mismo ejército. La autoridad militar es necesariamente jerárquica, supone una total subordinación del inferior hacia el superior, y esa superioridad está en función de grados y no de otras características discutibles de inteligencia, de preparación o de lo que usted quiera.

En el ejército prepara estudios sobre problemas nacionales y los somete a consideración del mando superior. Este, a su vez, del gobierno. Pero que el gobierno acepte esos estudios y los lleve a la práctica, es su total autonomía. Yo quiero referirme particularmente al plan que se hizo, sobre la región del Pato, cuando hace quince años se ocupó. En el Comando del Ejército se hizo un plan completo de rehabilitación, con el objeto de dar solución a los problemas socio-económicos que afectaban la zona y que servían de plataforma para que allí se instalaran movimientos revolucionarios. Quince años después se vuelve a ocupar el Pato sin que nada de lo que se presentó en planes se hubiera cumplido. No correspondía al ejército desarrollarlos porque se precisaban recursos que el ejército no tenía. Se necesitaba la participación de agencias del Estado como la Caja Agraria, el Incora, el Ministerio de Educación, el Ministerio de Salud Pública, las gobernaciones de los departamentos limítrofes etc. El plan no se realizó, lo que no quiere decir que haya existido represión. Simplemente no se acertó y si se aceptó no se llevó a cabo. En la segunda parte de su pregunta el calificativo de que el gobierno colombiano es transnacional, es un poco complicado de aceptar.

Ofrece una serie de dudas que nos consimirían antes que nada, en una discusión de si lo es o no y en qué medida. Si eventualmente el Estado colombiano se convierte en transnacional, es lógico que el ejército no tenga porqué apoyar esa transnacionalidad, pero si éste es apenas el cargo que se le hace por un determinado sector, el problema es de apreciación y no de realidad y por consiguiente no corresponde al ejército dilucidarlo.

Señor General usted habló hace algunos momentos de la impreparación del pueblo colombiano para ejercer una auténtica democracia y también comentó la incapacidad en que está la clase política actual de conducir física, económica y socialmente hablando al pueblo colombiano a una auténtica democracia. ¿En manos de quién estará entonces, siendo así que el ejército no tiene autonomía para ejercer la enseñanza técnica, en manos de quién está reeducar el

pueblo colombiano y volverlos hacia los vértices de la verídica democracia?

- El gran problema de nuestra educación es que quiénes debían impartirla tampoco están preparados para conducir una educación para la democracia. Hemos aceptado la democracia bajo sus formas políticas, pero no hemos podido darle el contenido de realidades que necesita para su plena vigencia. En otras palabras la clase dirigente colombiana no ha interpretado la democracia en su profundo sentido: acuerdo de voluntades para vivir en un régimen de libertades. Por consiguiente, si la propia dirigencia del país no se ha condicionado para administrar la democracia con propiedad, no es posible pensar que en los sectores inferiores de los estratos que componen la sociedad colombiana pueda haber una concepción de lo que es este sistema. A ello se debe la marginación cada día mayor de los electores que renuncian a acompañar a los partidos históricos en sus luchas electorales, porque cunde la desilusión con la duda de que esas luchas traigan mejoramiento en las condiciones de vida de la nación colombiana. Es una encrucijada gravísima, porque frente al reto de unas fuerzas políticas emergentes que capitalizan el descontento y desafían la democracia en sus mayores debilidades y vulnerabilidades ¿qué es lo que ofrece el sistema político vigente? No hay respuesta real para la marginación que es lo más grave, porque son números crecientes de colombianos que cada día se distancian más de las posibilidades de una vida digna. Si a ese reto no le puede responder el sistema político existente, está condenado a desaparecer. Esta es una verdad ineludible que se necesitaría tener mentalidad de avestruz para no entender, y que yo creo que se entiende en los sectores políticos. Lo que pasa es que no hay ni la generosidad, ni la determinación, ni la voluntad de sacrificar los intereses personales que se mueven en torno a los simples prospectos electorales, en función de un más generoso sentido de lo que el país necesita.

Complemento mi pregunta, dentro de lo siguiente: si ello es así, si la clase colombiana está en incapacidad, bien sea por ignorancia física o bien sea por ignorancia intelectual, o bien sea por simple mala fe, de reeducar y conducir el pueblo colombiano, así sea a largo plazo, a un mejor estado a un mejor vivir, entonces ¿en dónde se encuentra la solución si el mismo pueblo se está corrompiendo co-

mo usted mismo acaba de afirmar?.

- Yo creo que la democracia tiene dentro de sí ciertas fuerzas subyacentes en las cuales hay que tener un grado de fe y de esperanza. Yo creo que la libertad en sí misma forma los ámbitos en donde el pensamiento humano pueda realizarse mejor y que es la expresión de ese pensamiento la que en un momento determinado salva a la democracia de sus propias crisis. Lo que sería muy grave es que la crisis que estamos sufriendo en este momento de la vida colombiana no fuera crisis sino decadencia, porque para una nación joven como la nuestra que no llegó a la madurez, ni ha alcanzado el cenit de su desenvolvimiento histórico, entrar en decadencia sí es una verdadera tragedia. Yo creo que Colombia está atravesando una de las crisis más graves de su historia, pero que no ha entrado en decadencia. Tengo que tener fe en este país nuestro y fe en la libertad que en el fondo es lo que más interesa defender, para pensar que en ese potencial del pueblo, en ese potencial de la inteligencia de una raza que ha demostrado ser capaz de muchas cosas grandes, y en el aliento que la libertad pueda comunicarle, está el futuro del país. De no ser así, lo repito, la democracia como forma de poder tiene sus días contados y será cosa de tiempo que todo esto se venga abajo en un cataclismo cuyas predicciones resulta difícil anticipar. De manera que respecto a esa pregunta no podría decir dónde está la capacidad para cambiar las cosas. Lo que sí tengo que pensar es que no hemos perdido definitivamente el tren de la historia y que todavía hay tiempo de que surja de la propia coyuntura en que estamos situados, el liderazgo capaz de convocar la nación y de hacer lo que es necesario para superar esta etapa de crisis. Para ello hay que persuadir a la nación de que el camino es largo, de que la lucha va a ser difícil, de que impone generosidad y sacrificio por parte de quienes nos decidamos a emprenderla, pero que la causa de la libertad no está definitivamente perdida para nosotros.

Yo quiero agregar: participo también del pesimismo. Soy seguramente más pesimista que mi gran amigo el general Valencia y él por modestia no ha hecho alusión a lo que sufrió en carne propia cuando se lanzó a una campaña política corta, con tremendas dificultades y oponiéndose a toda la maquinaria que domina este país hace tantos años. Yo quiero decir como en alguna ocasión lo expresé a través de ese gran periodista y patriota que es Ramiro

de la Espriella, que el país se salvaría si un gran movimiento nuevo, alejado totalmente de los dos partidos tradicionales que se han corrompido, porque se han establecido al estilo del PRI de Méjico que lo describía el general Valencia. Solamente si surgiera una fuerza nueva, que no se descarta como dice el general Valencia, porque hay todavía una buena dosis de libertad en nuestro país, aunque desde muy lejano la maquinaria está montada, porque los directivos de esa maquinaria, comenzando por la forma como redactaron el plebiscito durante la Junta Militar, la cerraron al pueblo la única oportunidad que constitucionalmente tenía hasta entonces de manifestarse y enderezar las cosas cuando fueran marcadamente mal. Esa es una grave responsabilidad histórica que tienen nuestros políticos. Es bueno que la recordemos cada vez que sea posible en un auditorio como este: estos políticos que están todavía gobernando le han cerrado al pueblo la posibilidad de expresar un cambio de rumbo cuando está completamente equivocado, como lo ven las masas hoy y por eso se alejan del juego político.

En esto también hay mucho civismo, mucha falta de sinceridad y mucho argumento falso por parte de los directivos políticos. Ellos han terminado con la oposición que es uno de los pilares de una democracia en ejercicio porque unieron y no permiten que haya oposición. La oposición es subversión, esa tarea de responsabilidad que tienen nuestros gobiernos y que infortunadamente esto se ha acentuado, cuando el señor general Valencia, exponiendo tesis nuevas, patrióticas, desinteresadas, llamó al pueblo colombiano, a última hora infortunadamente se tuvo la osadía, el irrespeto para con una patriota y un general tan meritorio como él, de robarle descaradamente unos votos que nunca iban a poner en peligro el establecimiento, pero sin embargo los robaron como en todas partes has testimonios fehacientes. Por eso da risa pensar que ahora se invita a los grupos de oposición o a los que están con las armas en la mano que salgan a ver si ganan unas elecciones; yo creo que eso no es serio.

Señor Matallana, en su exposición ha quedado y ampliado también, el ejército colombiano ha sido en la última etapa instrumentalizado por los partidos políticos tradicionales para el ejercicio de sus intereses efectivamente son partidos políticos que ven sus intereses de clase por tanto son partidos de las clases dominantes y si eso es así en su esquema aparecería por lo menos en el último período presidencial el esquema gráfico de ese entonces una dicotomía interesante de ese entonces, sobre todo durante el período de 1907

hasta ahora hace 4 años la diferencia entre la participación del ejército dentro de la vida política poder político y la popularidad corrian con la misma tendencia netamente paralela pero en los últimos 4 años esa tendencia se separaba, es decir el ejército tiene menos popularidad dada la violación de los derechos humanos, pero a su vez tiene mayor participación en el poder político. La pregunta concreta, eso significa que estamos a la puerta de un cambio de actitud del ejército, Colombia amnistía toma el poder tipo Cono Sur es decir estamos a las puertas del golpe de estado, la pregunta general Valencia produce dos intentos, general Matallana está de acuerdo entonces en que en Colombia se entregue una amnistía general total como la ha planteado el Foro de los Derechos Humanos y como lo está planteando el proyecto de los parlamentarios que cursa en el Senado.

- Bueno en cuanto me corresponde me complace mucho que usted haya observado con atención el gráfico en que se han podido llevar las líneas de lo que se supone que ha sido la influencia real de la institución militar en cada período de gobierno y lo que ha sido la opinión del pueblo, no propiamente de lo que se llama la opinión pública, porque muchas veces es bastante dividida por los medios de comunicación sino del pueblo en general es lo que traté de interpretar, usted vió que con menos acentuación que en este período con que terminaba el gráfico, o sea el de estos años, en el año 28 se presentó un caso similar en que el gobierno se sintió poderoso; elogió la institución militar, saca al gobierno de un problema grave que estaba afrontando, pero el concepto popular sobre la institución militar fue muy bajo y todavía se refleja después de tantos años cada vez que se recuerda esa tragedia, y el caso actual que es más acentuado, esa divergencia, por un lado el gobierno diciendo que todo está muy bien, dando la sensación de que la institución militar va por muy buen camino que está en lo más alto de su prestigio y por otro lado el pueblo, para qué vamos a ocultarlo para qué vamos a decirlo que no es así, el pueblo pensando mal de la institución militar, llenando de recelos los sentimientos y otros fenómenos negativos, yo no diría que eso indique que estamos a las puertas de un golpe de estado militar por las razones que expresamos que expresó el general Valencia, pero más diría que esa consecuencia de las misiones que el gobierno, el poder político le ha exigido que cumpla el estamento militar, misiones que como lo anotábamos han puesto en serio peligro un buen por-

centaje de sus cuadros y tropas, en los aspectos moral y ético y han llegado a cumplir tareas eminentemente políticas que normalmente están reservadas a otras instituciones— que el país tiene para cumplirlas, todo país tiene una institución de investigaciones que en cierta forma es política aunque en Colombia no es tan notoria como en otros países, pero tiene un DAS, que si vamos a compararlo con otras naciones podríamos llamarlo su policía política, aunque tuve el honor de ser su jefe no es en Colombia ni mucho menos algo parecido ni siquiera a lo que hay en otros países, es una institución muy civil, muy respetuosa de los derechos, pero al fin y al cabo la policía del Estado, ella se ha mantenido en los últimos años en receso las tareas investigativas de las actividades políticas de los ciudadanos infortunadamente se le han ordenado a las fuerzas militares que las hagan, todo lo que ellos han estado haciendo ha sido cumpliendo decisiones del gobierno, del gobierno civil del poder político que sí saben, sí conocen, que está afectando seriamente el prestigio de la institución militar ante el pueblo, nos está distanciando del pueblo, yo decía que no me atrevía a coger el sentimiento de muchos colombianos, que con bastante grave razón dicen que bien podría deberse a que hubiera un interés político que distanciara a esa institución militar del pueblo y en esa forma crear el político que le va a restar posibilidades de que en una crisis, en una emergencia imprevista pudiera ser una solución política de la nación, entonces yo no diría que es deliberado, pero sí que ha sido equivocado confiar a la institución todas esas tareas. Esto no es responsabilidad de las fuerzas militares, se la ha impuesto el poder civil político, claro está que las fuerzas militares que han estado al frente de la institución y que por A, B o C razones han aceptado y por eso están cumpliendo esas tareas, pero no creo que eso signifique que en este momento este la preparación para un salto al poder, todo lo contrario si la filosofía y la intención fueron esas, han logrado plenamente que en este momento no haya el ambiente que pudo haber años atrás hacia una solución militar cuando las situaciones se veían difíciles en el país.

General Valencia:

Respondiendo la parte que me corresponde de esta doble pregunta, yo diría que la amnistía es un hecho que hay que enfocar desde distintos ángulos. No es simplemente un hecho jurídico para el

cual el Estado tenga o no facultades. No es tampoco un simple reconocimiento de que existen situaciones que meritan amnistía o indulto. Yo creo, antes que todo, que la amnistía es la respuesta a ciertas realidades que colocan un conflicto dentro de situaciones donde el error de principio que causó ese conflicto ha llegado a ser comprendido por ambas partes y existe la voluntad de rectificación. O sea que se deben dar ciertas condiciones sociales, sociológicas más exactamente, para que la amnistía pueda realizarse con bilateralidad, porque no puede ser el hecho gracioso de reconocimiento de que se cometió un error jurídico, por ejemplo, o de que el delito merece indulto porque hubo razones superiores que indujeron a la persona a cometerlo. Lo que considero es que en el momento actual esas condiciones no están dadas en el país. Para que haya amnistía y ésta produzca efectos sociales positivos, se necesita el reconocimiento de las dos partes de que hay un error que rectificar. Si una de ellas, en este caso el gobierno, desea conceder una amnistía pero la contraparte ni la pide, ni la desea, ni va a utilizarla para los fines previstos en la concesión, hay de hecho una asimetría de posturas entre la subversión y el Estado que no se puede conciliar. Conceder una amnistía cuando los grupos subversivos no han demostrado un cambio de conducta paralelo con la amnistía, es pisar el terreno de la utopía. Los grupos en armas se constituyeron como tales para derruir el Estado existente, y no dan señales de haber variado de propósito.

La amnistía se concedió en forma casi automática cuando, en 1953, llegó el General Rojas al poder e invocó la paz como razón de lo que alguien llamaría golpe de opinión. Pero la verdad es que cuando esa amnistía fue acogida por la gran mayoría de los colombianos y no produjo la cesación de la lucha política, nos condujo a una nueva etapa de violencia. Por segunda vez se concedió la amnistía en los años 57 y 58. Fue una amnistía de amplio espectro que quiso decir: llevamos 10 años de equivocaciones monstruosas, 10 años de desangre nacional, 10 años de desquiciamiento de todos los órdenes morales de nuestra sociedad. Aceptemos que todos somos culpables y vamos a echar marcha atrás, a revisar los procesos de quienes se hallan privados de libertad, están sindicados o están pagando condenas y a perdonar a quienes están con las armas en la mano. Existía a la voluntad de que así ocurriera por parte de las grandes mayorías colombianas. Algunos no se acogieron a la amnistía y continuaron la lucha como simple bandolerismo. Otros como lucha ideológica armada, pero la gran mayoría de quienes habían adelantado la lucha guerrillera como medio de autodefensa

sa, en el momento en que cesaron las condiciones que crearon el hecho brutal se acogieron a la amnistía, que produjo hechos saludables, así no fueran totales. Yo les preguntaría a ustedes dentro de este análisis espectral de la vida colombiana, si en este momento existe la voluntad de renunciar a la lucha armada para salir a resolver con papeletas lo que no se ha podido resolver con metralletas. Si eso es así hay que buscarle a la amnistía una forma de ejecución. Pero si la voluntad de lucha continúa, la amnistía no tiene sentido y en la forma prácticamente total en que está diseñado el proyecto de algunos parlamentarios, es el mejor aliento que puede darse a la subversión para que continúe la lucha armada con mejores medios, porque a la vez va a rescatar a sus líderes que están en manos de la justicia. Si ese rescate correspondiera a la desmovilización de la lucha armada, habría que hacerlo, pero buscando la desmovilización gradual comprobable. Que en la medida en que se concede el indulto y la amnistía, se vayan entregando las armas, se desmovilicen las guerrillas y así se vaya llevando el país a la paz que todos los colombianos ansiamos desesperadamente, pero que no encontramos medios de establecerla.

General, quisiera una pregunta: decía usted que ante la ausencia del poder del Estado se hacía presente el militarismo. Entonces el gran investigador Poloquis dice que durante el período de la violencia se derrumbó totalmente el Estado. Entonces a partir de allí hay una crisis permanente de Estado, entonces identifica con crisis política, económica, ideológica, crisis de poder, religiosa y hegemónica y en el momento actual la corrupción es el soporte del Estado y se ridiculiza a través del militarismo, esa es la primera pregunta, yo le quiero preguntar esa crisis de legitimismo a través del militarismo aquí en Colombia. La otra es que en Colombia en el momento los civiles reinan y los militares gobiernan y en el concepto latinoamericano, la sociedad latinoamericana con la ayuda militar dada por los Estados Unidos ha creado o impulsado la ventaja de la militares o en otros términos esa ayuda ha perfeccionado al militar político en lugar del profesional. . .

La cosa está como enredada. Vamos a tratar de desenmadejarla primero, antes de poder responder. Comienzo por disentir de la tesis de que el Estado colombiano se derrumbó con la violencia. Se derrumbaron muchas cosas menos el Estado, que sufrió cierta metamorfosis, ciertos cambios. Pasamos de la democracia a la dictadura de unos y otros, de allí al Frente Nacional, al Frente Social y ahora a la hegemonía del partido único. Pero la realidad es que el

Estado, lejos de caerse, se endureció más todavía, porque en la medida en que pierde el apoyo sentimental de las masas tiene que afianzarse cada día más en el poder en la fuerza, en la institución armada sin la cual no podría subsistir. En esa parte si estaríamos de acuerdo con Poloquis, aunque no conozco a tal personaje, pero no en que el Estado se acabó. Se hizo más autocrático y la prueba es que no hemos podido salir del estado de sitio.

Ahora, que estos países estén armados por los Estados Unidos es también un poco discutible. Aquí se han comprado aviones Mirage franceses, submarinos alemanes, el fusil G-3 alemán, porque los americanos en esta última etapa no querían proporcionar armas, precisamente para evitar que esas armas fueran usadas dentro de políticas adversas a la paz de América o que conducirían al fenómeno de Irán. Irán mientras estuvo el Sha fue armado hasta los dientes por los Estados Unidos, pero caído el Sha todas esas armas se voltearon contra quienes las proporcionaron, y sirvieron para encarcelar a 52 rehenes que están pagando por el sostenimiento del gobierno del Sha. De manera que en este aspecto no se puede afirmar categóricamente lo que usted sostuvo, porque son premisas frágiles, discutibles y por consiguiente, si las premisas no son sólidas las conclusiones tampoco lo son. Ahora, que los políticos reinen y los militares gobiernen tampoco es cuestión que me convenza del todo. Yo creo que todos reinan y todos gobiernan y los demás obedecemos porque es imposible diferenciar en este momento hasta dónde existe un poder político puro o un poder militar enquistado dentro del poder político, o una armonía de objetivos y de metas entre lo uno y lo otro. Es una situación a la cual ha dado lugar, precisamente, la deformación de la democracia al surgir el partido único. En un país donde constitucionalmente desaparece la oposición porque se acuerda que el partido perdedor recibe parte de la cuota de poder, se extingue el proceso democrático al desaparecer la lucha ideas, de plataformas, de programas. En el caso nuestro es oposición de personas, porque ni hay programas, ni hay ideas, ni hay política en el sentido alto y real de la concepción de esta palabra.

General Valencia, antes de hacer dos preguntas, quiero hacer una elemental en relación con la amnistía: ¿cómo puede considerarse la amnistía, como medio de pacificación si las condiciones no resultan aceptables para las guerrillas?

No solamente se debiera considerar el aspecto relacionado con la

posición que asuman los grupos subversivos en cuanto a su intención de deponer o no las armas. El problema tiene que mirarse desde otro punto de vista y es hasta dónde el Estado que se ha demostrado incapaz de resolver las causas que generan ese estado de cosas, está realmente en condiciones y tiene la decisión suficiente de poner fin a su propia ineptitud y demostrar a los gobernados que es un instrumento al servicio de la nación y no de unos intereses cerrados que conspiran contra los intereses nacionales. El principal interés nacional en este instante es el de la paz afectada por personalismos y vicios políticos que han fomentado indirectamente las perturbaciones al no atender con oportunidad las causas que las generan. El aspecto de la buena intención o no hay que mirarlo desde el punto de vista de los dos sectores o sea si existe un anhelo de los grupos subversivos para asumir un papel consecuente con lo que tratan de sugerir: el retorno a la lucha democrática legal, abandonando la violencia armada ilegal.

Con la inquietud que tiene el compañero de atrás mis preguntas son dos, quería hacer esta breve acotación al señor general Valencia, no más; mi pregunta va dirigida la primera al señor general Matallana, es una elemental consideración que estacionó el general, se ha venido hablando muchísimo sobre todo en los últimos años de algo que ciudadanos como yo no entendemos con suficiente claridad y es acerca de la tal apoliticidad de los ejércitos, los ejércitos necesariamente son así no se declaren instrumentos políticos, pueden en un momento dado no ser instrumentos políticos, pero pueden ser instrumentos políticos desde el punto de vista que se les está exigiendo una lealtad a una constitución y la constitución no es una carta jurídica, es una carta política que tiene interpretación política y que tiene obediencia política, entonces ya desde ese punto de vista hay una configuración política del ejército, lo importante es y me parece que una falacia desde el punto de vista de los políticos nacionales, es pretender negarle a un gran sector de la nacionalidad, el que trate de interpretar políticamente lo que le aseguran que tiene que defender, porque la carta constitucional no es una dogma, es algo que está sometido a interpretaciones, entonces mi pregunta es, señor general Matallana, ¿hasta dónde el ejército colombiano ha venido siendo formado para que pueda interpretar esa carta política y encontrar una posición justa y adecuada, cuando la interpretación política de esa carta no corresponda a los intereses del país y es lo que está ocurriendo? El *otro aspecto fundamental que quiero dirigir al señor Valencia Tovar* es el que me preocupa que en estos momentos se esté pensando en reequipar el ejército colombiano en

cerca de 17.000.000 millones de pesos. Escuché esta mañana en una noticia en Todelar, que para poder ponerlo en condiciones actualizadas de asumir una posición defensiva del país se requiere esa suma; ya no sé hasta dónde realmente se esté respondiendo a lo que se ha venido llamando el Plan Viola Latinoamericano. Hasta dónde hay un interés interamericano de tratar de configurar un standar de conducta, eliminando los militares que no se ajusten ni se acomoden a ese estado de cosas para poder configurar un tipo de ejército homogéneo para determinados intereses que necesariamente no son de soberanía nacional sino que pueden a veces transgredir esa soberanía.

Voy a contestarle con toda franqueza: creo que esta noche el señor general Valencia, tocó buena parte de esta inquietud cuando nos hizo ver cómo la institución militar que ha tenido siempre una inspiración de ideales y de patriotismo le ha tocado por razones de su reglamento y de su disciplina seguir fiel a un gobierno a pesar de que infortunadamente como lo hemos visto en los últimos 30 o 40 años determinados gobiernos han decidido imponer su voluntad y su criterio partidista a toda la nación, es decir no han interpretado lo que dentro de una democracia se espera que un gobierno haga o sea gobernar para todos los asociados, para toda la nación y no exclusivamente para imponer lo que su partido piensa a todos los colombianos, hay que reconocer infortunadamente que por esas normas de acatamiento al poder civil, aquel ha sido muy acendrado en nuestro medio militar, el ejército ha tenido dolorosamente que ir a combatir y seguir dolorosamente los lineamientos de un gobierno que está desenfocado de su deber constitucional patriótico y de carácter integralmente nacional, en este aspecto nosotros y contestando concretamente a lo que usted anotaba, de que hasta qué punto los políticos y los gobernantes han permitido que el militar analice y pueda presentar ampliamente sus puntos de vista sobre la interpretación que debe de darle a la política nacional por parte de las fuerzas armadas, yo creo que los políticos colombianos han exagerado y han abusado de la norma de que el militar no es deliberante y así como decía yo en mi charla del viernes, está aquí presente una de las personas que sufrió los atropellos de esa exageración y otro general distinguido, ausente, quien las sufrió aún en forma más injusta tal vez porque por un simple artículo que un jefe de relaciones públicas de su comando escribió y el refrendó con su firma de comandante del ejército y que hacía un leve comentario muy respetuoso diciendo que en plenas operaciones de orden público el ejército se veía con frecuencia abocado a

llevar a cabo despliegues de tropas que no daban tiempo a esperar que las normas burocráticas y lentas de la contraloría general se cumplieran íntegramente y que así se tenía que las tropas tenían que salir sin los recursos indispensables a operar, eso ofendió y molestó tanto a un brillantísimo colombiano como es el doctor Lleras Restrepo que botó al comandante del ejército como no se atreve nadie hoy en día abotar de su servicio doméstico; entonces esa es una demostración concreta de cómo los políticos nuestros, los gobernantes han abusado del concepto de que el militar no debe ser deliberante.

En lo que se refiere a esta complicadísima pregunta que me ha planteado nuestro interlocutor, yo creo que tendríamos que invitar al general Camacho Leyva que la conteste porque ni yo tengo idea para que son los 17.000.000 millones que dicen en Todelar, ni puedo imaginar qué sea el Plan Viola puesto que yo no estaba en servicio activo cuando el señor Viola vino al país y violó posibles preceptos institucionales democráticos de Colombia, de manera que yo le sugiero a la Universidad traigamos al general Camacho Leyva para que le podamos hacer esas preguntas que yo no me siento en capacidad de contestar, porque son todos acontecimientos posteriores a mi retiro del ejército, ustedes saben que yo salí el 28 de mayo al amanecer por la oscura voluntad del mandato claro y todas estas cosas. . .

Señor general Valencia Tovar, dice usted esta noche que el poder militar no se hizo para gobernar, el general Matallana en la conferencia del viernes último sostenía que las fuerzas militares si son preparadas intelectualmente, mi pregunta es la siguiente para ambos ¿si el poder militar no se hizo para gobernar por qué los militares colombianos cogobiernan y someten a quienes se atreven a pensar por su cuenta propia y no por cuenta de los demás, cumpliendo quizá instrucciones que atentan contra la dignidad humana, y si las fuerzas militares son preparadas intelectualmente por qué no interpretan en un momento determinado con esa inteligencia lo que es negativo y lo que es positivo para la república?

Yo creo que una cosa es que seamos preparados intelectualmente y otra que las instituciones armadas en un momento determinado deban asumir funciones de gobierno por su propia voluntad. Afortunadamente somos preparados intelectualmente, en forma contraria a lo que piensa la mayoría del país que mira a los militares con cierto menosprecio. Consideran que la bota militar es el símbolo de nuestro talento, cuando en realidad la bota sólo nos sirve

para ponérsela y caminar, pero no exactamente para pensar con ella. Yo hago una diferenciación muy clara entre la capacidad intelectual del militar colombiano para conocer los problemas del país, analizarlos y eventualmente conceptualizar sobre ellos, como parte de su función de estado mayor dentro del gobierno, y tomar para sí unas atribuciones que no le corresponden. En este momento se habla de cogobierno y ese es un concepto que habría que penetrar un poco más para ver en qué sentido se considera que las Fuerzas Militares están cogobernando al país. Ocurre una situación que es propia de las grandes alteraciones de la vida de los pueblos. Tanto en las guerras internacionales como en los conflictos internos, las fuerzas armadas cobran una dimensión que en cierta forma supera el papel que les es habitual. En la guerra internacional porque los ojos de la nación se fijan en ellas como defensoras de la heredad compartida. Hay entonces una compañía emocional a sus ejércitos de aire, tierra y mar porque están defendiendo algo que es de todos los patriotas, involucrados en un conflicto externo. En las luchas internas no existe esta adhesión emocional. Las fuerzas armadas se quedan solas en eso que llamaba yo en un momento de mi charla el emparedado político: el pueblo les reclama y les censura sus actitudes impositivas que limitan sus libertades. Se señala como atropello del derecho cualquier cosa que pueda serlo en ciertas circunstancias, en otras no, o simplemente se exagera, pero de todas maneras en las luchas internas el ejército, lejos de convertirse en el símbolo de la solidaridad nacional frente a un peligro, se señala como responsable de todo lo que pueda ocurrir dentro del esquema de cohesión que el gobierno aplica. En esa forma recibe todo el demérito de las situaciones turbulentas. Los choques con turbas enardecidas suelen producir como efecto el que las Fuerzas Armadas se conviertan en símbolo de represión y luego se les adjudique el cargo gratuito de un cogobierno, no es en verdad el gobierno civil, presidido por un presidente civil, apoyado en las Fuerzas Armadas. Es este un papel muy comprometido, en el cual es muy difícil preservar una imagen ante el pueblo, contra el cual se está actuando, muchas veces con positivo desganado y considerando que habría otros caminos más favorables. Es claro también que dentro de las instituciones armadas existen dos escuelas. La escuela de la línea dura como podríamos denominarla y la escuela, por darle algún nombre, sociológica, que trata de entender los problemas en su naturaleza y no en sus manifestaciones. Esa escuela que tiene y tuvo cultores que decididamente quisieron entender que al país no lo arreglamos simplemente con la fuerza, si-

no con una combinación de autoridad respetable y respetada, y la participación en la solución de los graves problemas que generan las situaciones de violencia. No siempre ha sido afortunada en la presentación de sus tesis o lograr que esas tesis sean acogidas. La escuela drástica dice que las armas se hicieron para aplicar el poder donde falla la política. Es la escuela de Clausewitz: la guerra es la continuación de la política por otros medios de manera que si hay alzados en armas, hay que destruírlos. Pero es que los alzados en armas son el síntoma. El mal es mucho más profundo, de la misma manera que el médico que se contenta con poner una bolsa de hielo para bajar la fiebre del enfermo, éste muy posiblemente se le muere. Entre nosotros, al aplicar remedios inconducentes a los síntomas de males profundos, que no son de naturaleza militar, estamos equivocando el camino. Esa es mi opinión. Eso lo sostuve siempre y lo sigo sosteniendo hoy. Claro está que si en la mitad de un monte una patrulla militar se encuentra con otra de guerrillas y sobreviene la balacera, como dicen en términos mejicanos, eso ya es un hecho inevitable, pero no debe ser la finalidad del empleo del instrumento militar en la pacificación. Es que existen dos estilos de pacificación: la de don Pablo Morillo que ya sabemos cómo fracasó, pero que se sigue reeditando en el tiempo porque es parte de nuestra naturaleza hispánica. Y una pacificación de medios mucho más humanos para aproximarse a las circunstancias creadoras del conflicto, por la cual nos hemos expuesto varios a ser mal comprendidos y, en un momento dado, a ser exterminados hablando en términos castrenses. Ese conflicto es inevitable, sigue produciendo y tiene alternativas y variables que dependen mucho de la naturaleza, el temperamento y las concepciones de quien en un momento dado se encuentre en la posesión del poder militar.

Pues yo solamente podría agregar a la excelente respuesta que hemos escuchado un ejemplo concreto de por qué no es exacto lo del cogobierno, yo terminé mi charla dando respuesta anticipadamente; yo creo que usted lo acaba de reflejar, ¿por qué los militares entonces no toman el gobierno? o ¿por qué no han seguido el camino de los militares del continente, que tanto poder tienen? Yo decía que en este momento el papel de los militares en Colombia es importante, pero es más aparente que real y el hecho concreto lo podemos citar en un caso, yo creo que no haya un general colombiano en servicio activo ni en retiro que las misiones dadas a las fuerzas militares en la prolongación en que se les han dado, la amplitud que se le ha dado como el control de las drogas de contrabando y el juicio a los civiles son inconvenientes para la ins-

titución militar, eso tienen que entenderlo todos los militares tal vez por lo menos desde el grado de capitán hacia arriba, si ellos después de 5 años siguen recibiendo y cumpliendo esa misión sin que haya habido un gesto por lo menos firme del generalato del alto mando para decir que ha llegado el momento de que se revise esa política es porque entonces el poder es más aparente que real y que el político está haciendo con el instrumento militar lo que quiere.

Perdón yo quisiera hacer unas preguntitas cortas que tal vez podrían ayudar a definir el problema en que estamos. El general Valencia Tovar, entonces primero ¿no sería precisamente el cambio en el concepto de patria, ese concepto abstracto que se le enseña exactamente a los soldados el que podría incidir en una toma de posiciones distintas del militarismo en América? el concepto de patria, ¿patria para quién y patria de quién? En segundo lugar el general Valencia que ha espigado en la literatura con una fortuna que ya los críticos literarios dirán, pero sin embargo que conoce bien la literatura, el general Matallana que conoce bien la historia, yo me pregunto por qué y se deben preguntar ustedes por qué la literatura ha tenido muy buen prestigio cuando los militares les dan unos personajes exactamente de novela, por qué en la historia, cuando se repasa la historia de América muy pocos de los militares, solamente cuando llegan a ese conflicto entre el cumplimiento del deber y su ideología, por qué muy pocos militares pasan a la historia para ser reconocidos con el aplauso unánime, porque la historia, o sea el tiempo es lo que va a definir, todo esto que doy es anecdótico lo mismo que el paso del general Valencia Tovar y sus posiciones frente a mandatos claros la que va a dar claridad es la historia sobre los hechos. De manera que porque la historia de América aún hecha por historiadores no digo por políticos porque usted dijo que los políticos no comprenden bien el fenómeno militar y lo mismo la literatura hecha por escritores, sin embargo el militar queda tan mal parado, el general Matallana intentó responder él mismo por qué se inclinan más o menos a la derecha, habló del lavado más o menos cerebral que se les hace, pero cuando terminó el general Valencia decía obvio que los problemas van más a fondo, pero porque cuando han tenido esa oportunidad y cuando han tenido la tentación que la van a tener algún día de caer en la doctrina Camacho Leyva del vacío de poder, porque no se puede hablar de excepciones, Uruguay fue una excepción civilista y hay que ver lo que es hoy, Chile se parangonaba con las fuerzas militares de Chile se pa-

ranonaba con las fuerzas militares así sea en esa época con Colombia, así sea como sea de tener la burguesía más inteligente de América Latina, Colombia y Chile, lo mismo decían la tradición civilista de Chile de las fuerzas militares de Chile, y sin embargo, pasó lo que pasó, de manera si no habrá esa tentación y por qué siempre a la derecha, por qué una tentación hacia la izquierda aún no se logren realizar como lo dijo el general Matallana pero quedaron con decoro frente a la historia, como se hizo con el Perú, y hablando también de literatura que dijo que la subversión ante la violencia hay que responder cuando la izquierda o el marxismo hace violencia porque a veces confunden no enseñan desde las escuelas qué es literatura y a qué se le puede llamar literatura subversiva, ustedes saben que cualquier título por ejemplo El Túnel, las novelas de Sábato indudablemente la cogen por subversiva o por peligrosa, de manera que estas serían las preguntas.

Quizás hay varias discrepancias en la presentación de estos conceptos que voy a tratar de aclarar. La primera es sobre la brevedad de las preguntas. Los militares no pasamos a la historia, principalmente en Colombia, por una multiplicidad de razones. Primero porque vivimos a la sombra de la historia y contribuimos a hacerla muchas veces pero muy raras son las oportunidades de proyectarnos en el campo real de la historia.

Quien la tuvo en este siglo, con uniforme puesto, fue el general Rojas que no fue una proyección muy afortunada. Pero también es porque a los militares se les cierran muchos caminos que civiles en las mismas condiciones tuvieron oportunidad de emprender.

Una de las razones por las cuales la campaña política que yo intenté resultó en lo que resultó, fue por la desfiguración intencional que se hizo de los planteamientos que no eran de derecha ni de izquierda sino inspirados en un serio nacionalismo se presentaron con una plataforma muy nítida sostenida vigorosamente en todas las oportunidades en que pudo sostenerse. De manera que no es una posición a la derecha no conciliarnos con la ideología marxista ni con los métodos violentos que aplica. Una de las formas de descalificar la campaña fue la de ponerle símbolo fascista, cuando si hubo algo que no tuviera nada de fascismo fue la campaña misma y sobre todo los antecedentes de quien la presentaba. Pero la capacidad de desfiguración que tiene el elemento político dueño de los medios de comunicación es tremendo. Momentos antes de iniciar la mesa redonda, algunos de los presentes me decían

que cuando se me tildó de fascista porqué no rectificué. Sí lo rectificué pero nadie acogió mis rectificaciones porque los medios de comunicación eran parte del adversario, los manejaba y los manipulaba a su antojo, de manera que no es una posición de derecha la que distingue al militar colombiano. Yo creo que es de centro y aun cuando aquí se quiso hacer ver que la apoliticidad era imposible en los militares, es la apoliticidad entendida como el no compromiso con los partidos políticos de lo que se trata. Entendemos todos que la política como arte de gobernar y ciencia de gobierno tiene que comprometer a uno de los instrumentos de realizarla y es el poder militar. Sería absurdo que no lo fuera así. Lo grave es que ese poder militar se parcialice en uno u otro sentido, aun en el que usted sugiere indirectamente, de favorecer determinadas causas, o trate de imponer criterios basados en su fuerza. El argumento al cual se ha recurrido inveteradamente en América para justificar los golpes de estado es el bien de la patria y el bien de la patria es algo que depende del concepto de quien lo invoque. Para algunos puede ser reemplazar mañana el gobierno por otro militar, pero hasta dónde sea capaz de realizar ese gobierno militar el bien de la patria, lo dicen quienes en un momento dado invocan el régimen militar y luego ayudan a tumbarlo. Eso justifica a quienes, para darle carácter a un golpe de estado, le llaman golpe de opinión y después le quitan la opinión de debajo a quien sentaron en la silla. Es que con la política se puede hacer toda clase de malabares, porque la ductilidad de su lenguaje, el acomodamiento de sus términos, las posibilidades que ofrecen de presentar imágenes en la forma literaria que mejor convenga para recurrir a una de sus premisas, es inagotable. Sobre todo cuando se poseen los medios de comunicación en la era de las comunicaciones. Ahí es donde reside la tremenda inferioridad de quien no esté involucrado en el poder político existente para poder hacer llegar su mensaje político a los colombianos. Yo estoy seguro de que lo que la renovación proponía, se habría abierto paso, si hubiéramos tenido una cadena radial y uno de los primeros diarios del país en apoyo nuestro. Se dice que salimos tardíamente. Lo que pasó fue que nos oyeron tardíamente, cuando ya nos habían robado buena parte de las banderas. Nos mandaban escuchas con grabadora a nuestras conferencias, a nuestras reuniones, y allí se inspiraban hasta discursos de posesión que luego escuchamos recogiendo plataformas de la renovación. En esa forma la lucha política se hace imposible y nadie nos dice que la participación militar en vez de enmendar las cosas que andan mal realmente las enmiende. Posible-

mente las va a complicar más de lo que están, por las múltiples razones que ya hemos visto. Entre otras porque este es un país profundamente refractario al militarismo. Se ha demostrado en todas las épocas y eso es lo que genera en muy buena parte la conducta retraída del militar ante la opinión, que yo siempre censuré. Me parecía que el ejército debía acercarse al pueblo, que necesitaba mostrar realizaciones. Los planes de acción cívica de desarrollo nacional que el ejército cumple silenciosamente, y sin exhibirlos, no son ocasión favorable para mostrarlos como un puente sobre alguna arteria principal, donde se encarama al gobierno con bailes folclóricos a su alrededor. Se inaugura un puente hecho con troncos de árboles, en la mitad de la selva donde los únicos que ven son los colonos que pasan por encima. Eso hace que no podamos pasar a la historia, porque el silencio no hace historia y los militares, por la naturaleza misma de nuestra profesión, somos silenciosos. No podemos estar proyectándonos sobre la opinión y cuando lo hacemos se nos juzga peligrosos y mal intencionados.

Si los dos generales se han quejado mucho de la falta de participación del ejército y del gobierno, tal vez el general Camacho Leyva discrepe con ustedes porque a él le han dado muy buena participación sobre todo en el presupuesto y relacionado con el presupuesto hay otro factor importante. El general Matallana decía que no era factible un golpe de estado en Colombia. Hay dos aspectos importantes y es la creciente participación de las Fuerzas Armadas en el presupuesto nacional como que ya llega al 35 por ciento y el hecho de que cada día más y más profesionales de las distintas ramas de la ingeniería, de la economía se estén vinculando a las Fuerzas Armadas, no es eso una fuerza de poder, no es eso una plataforma para hacerse al poder político.

Matallana, Bueno, en primer lugar yo quiero informar hasta donde yo pude conocer en el estado mayor conjunto en el año 1977 diciembre, el porcentaje del presupuesto nacional de todo el instrumento militar y policivo no llegaba a ese porcentaje, era exactamente el 18 por ciento eso sí tengo cifras muy concretas en ese sentido, pero lo que si usted puede mirar estadísticas muy serias de organismos internacionales como el Banco Mundial y como estudios serios que se dedican a esto en el mundo y que Colombia está colocada en uno de los últimos lugares de lo que destina a defensa nacional en materia de presupuesto, es posible que ahora se esté hablando de 17.000.000 millones y demás pero me imagino y he po-

dido entender que se trata de un plan a largo plazo, realmente para ser honestos el país ha dado muy poca importancia al plan de defensa nacional ante problemas que aún no ha resuelto y entienden y conocen que son delicados, para citar uno sólo el del derecho que tiene de disfrutar de unas áreas marinas y submarinas, hay una desproporción gigantesca entre el esfuerzo que Venezuela está haciendo para armarse que lo que no está haciendo en ese sentido en absoluto Colombia, si Venezuela se arma en una forma tan exagerada como lo está haciendo en ese momento no creo yo que sea sino pensando en una posibilidad de un conflicto con Colombia que ojalá nunca se presente, el país la verdad es todo lo que se dice y los enemigos de la institución militar han escrito mucho sobre el presupuesto pero sí vamos a ser realistas y ustedes deben saber la verdad, no tenemos una armada, no tenemos ni siquiera buques livianos con que proteger nuestra soberanía en los litorales y defender nuestros recursos, no hay sino un modesto esfuerzo que se hizo por obtener unos aviones Mirage modernos efectivamente que cumplieron su misión disuasiva hace ya más de 10 años, pero la fuerza aérea está el resto andando en los aviones viejos de antes de la segunda guerra mundial que cada rato se caen como ustedes lo verán, en cuanto al ejército aparte de los fusiles G-3 que es el arma elemental de cualquier ejército, nuestras fuerzas militares, nuestro ejército no tiene ninguna arma de protección antiaérea, por ejemplo nosotros tenemos sitios neurálgicos muy delicados para la soberanía y para la economía nacional, pero se ha cometido el error muy contra el cual los mandos militares en su oportunidad se han manifestado ante el gobierno para que no se cometa, como hacer un complejo gigantesco, para nosotros gigantesco concentrado en un punto en menos de un kilómetro cuadrado del país como es el complejo de Barrancabermeja, ya una vez constituido en un sitio tan grave para nosotros cualquier avión de cualquier país vecino que lance unas pocas bombas pone al país en aprietos prácticamente puede paralizar el país en menos de una semana, sin embargo el estamento civil no oye esas razones y se empeñó en hacer un nuevo complejo en el mismo sitio por un valor de 10.000.000.000 de pesos, pongo solamente esos ejemplos, no hay una sola arma anti-aérea que dé capacidad siquiera para defender el palacio presidencial de Colombia ni a sus puntos estratégicos más neurálgicos y en cuanto a los demás elementos que un ejército necesita como elementos de movilidad aérea terrestre los elementos que se han adquirido en los últimos años son muy escasos y se lucha mucho para que países que tradicionalmente se consideran amigos cuando llega el momento de pedirle una venta

de un elemento moderno se invocan disposiciones absurdas, disposiciones totalmente inamistosas como para citarles una existe una ley en los Estados Unidos como para estos países que no tienen una alianza militar tipo NATO, hay que esperar que un buque tenga más de 25 años para pensar o no si les puede vender o no a ese país, ese es el caso nuestro, así que realmente la literatura que se ha esgrimido señalando una exageración en el presupuesto nacional del armamentismo colombiano es falsa, la verdad es que el país nunca tiene el instrumento militar que su situación su magnitud y los problemas latentes que aún tiene y que lo demandan.

Valencia, a este punto yo quisiera agregar dos elementos que defiguran la concepción del papel del presupuesto de defensa, es que la policía nacional, caso único en América Latina, forma parte del presupuesto de defensa, desde la época en que hubo necesidad de incorporar la policía al Ministerio de Guerra por razón de su politización mientras estuvo dependiendo de un ministerio político. Y segundo lo que en otros países corre por cuenta de Cajas de Previsión o sea pensiones y retiros militares aquí es parte también de ese presupuesto de manera que ha crecido por dos renglones que no son guerra ni defensa nacional.

Doctor Baquero, este tipo de información que hemos recibido hoy que contrasta un poco con las informaciones anteriores y desde luego dan paso a una controversia fructífera, por una sugerencia de un político que también ha sido alma de este curso, les quiero rogar su presencia para que oigan este último comentario y se trata del doctor Ricardo Baquero.

Bueno yo creo que el orden del día está agotado, que la capacidad de audiencia de ustedes es bastante amplia, pero no tanto como para abusar manteniéndolos indefinidamente, aquí han quedado unos temas muy interesantes, hay un enjuiciamiento de dos militares en retiro forzoso a la clase política y la clase política está ausente, entonces no hay la controversia que surge para aclarar ideas y ver hasta qué punto llegan las razones de lo que el general Valencia en su brillante exposición llamó su verdad, cuando decía que no se les dejaba exponer, de igual manera el señor general Mattallana habló del cinismo del sistema para invitar a ciertas actitudes a los elementos del protagonista armado, que llama el profesor Rivero, al comentar las posibilidades de alternativa en la América Latina, veo que hoy se comentó desde el ángulo de las relaciones puramente políticas y más bien administrativas del gobierno con los

militares y de la democracia funcional política mas no se hizo una presentación, que pudiera llegar un poco más a fondo al manejo de la problemática económica de parte de los sectores armados o de parte de los militares o los militares en el poder. Realmente el tema se ha circunscrito dentro de este curso que es de Pensamiento Político Latinoamericano, al caso colombiano y no se han analizado los aspectos comparativos que nos dan referencias para tomar conclusiones. En algunas obras se hacen cargos a los militares sobre su capacidad gobernante. Enrique Galeano, por ejemplo, dice que los militares tienen dos alternativas cuando llegan al poder, la de convertirse en amigos de la causa popular o enfrentarse a ella, que cuando no pueden satisfacer esas posibilidades se ven en un riesgo de tomar una posición totalitaria y después de estar parapetados en la ayuda de la clase política que trataron de ganar para sí, la combaten buscando ayudas extranjeras, copiando modelos económicos y buscando ofrecer como las gallinas llaman a los zorros para que vengan a buscar sus presas dentro de ese territorio. Pero estos temas tienen que controvertirse estando las dos partes presentes, es decir estos temas tienen que saberse si los militares tienen oportunidad de llegar a gobernar, porque aquí en una de las preguntas se insinuó ¿por qué los militares no se toman el poder?. Entonces así hasta dónde va lo uno y lo otro es el tema de una gran discusión; a mí me parece que es fundamental que a la mesa redonda que está prevista en el curso se invite a los señores generales que esta noche han hecho gala de una gran capacidad de expresión, de un gran conocimiento del país, de una gran preocupación por sus frustraciones; son dos hombres reformistas, audaces en sus planteamientos, que después de haber dejado el cuerpo armado quieren participar en el debate nacional.

ALVARO VALENCIA TOVAR. General de la República, excandidato presidencial, historiador, periodista y profesor universitario.